

PRESENTACIÓN DE “EL DUELO”

La vida y la obra de Juan Ramírez Codina, en su callada pero densa andadura, son sorprendentes. Fue alumno aventajado de Derecho. Tras acabar la carrera, pasó por esa incubadora de talentos que es el IESE, de Barcelona, que durante tantos años fue el Silicon Valley de la economía nacional.

Luego, Juan Ramírez Codina ha dirigido en el continente europeo y en el americano, durante treinta años, una de las más sobresalientes multinacionales de “materiales de fijación, unión y montaje”, herramientas imprescindibles en el mundo de la tornillería muy bien reflejado en la filosofía de la empresa, que dice que “existen unas 100.000 diferentes posibilidades de mantener al mundo unido”. Una empresa asentada sobre nuestro suelo, en Barcelona, en Catalunya, y que gracias a la acción de Juan Ramírez tiene en La Rioja, en Logroño, uno de los espléndidos Museos Wurth, con un fondo de los mejores pintores y escultores conocidos de nuestra contemporaneidad.

Así, la personalidad de Juan Ramírez Codina no se ha limitado a la de alto ejecutivo en la dirección empresarial, porque él, como le pedía don José Ortega y Gasset al ser humano, ejerce la multidimensionalidad. Y de ahí que su vida y su obra sorprendan.

A lo Leonardo, es un artista, un artista de la escritura. Un artista que en su escritura tiene el número como paradigma, y, por la vía del número, el tiempo, sobre todo el tiempo, sin abandonar el universo espacial.

A este respecto artístico --y mirando hacia atrás sin ira-- es obligado decir, que a la par que estudiaba en la universidad el Código Civil, y aquello de “si no hay ley exactamente aplicable al punto controvertido, se aplicará la costumbre del lugar o, en su defecto, los principios generales del Derecho”, o, al tiempo que en

el Derecho Romano, reflexionaba sobre la “auctoritas” y la “potestas”, Juan Ramírez Codina tenía sus primeras experiencias en el arte dramático, como actor, de las que fui testigo privilegiado. Y no era mal actor, todo hay que decirlo. Hasta el punto de que más de uno llegó a pensar que podría ponerse al servicio del Arte de Talía. Pero su pensar cartesiano; el número, en definitiva, le apartó del camino pecaminoso, y poco productivo, de la farándula, aunque, como veremos, la querencia teatral está en su ADN. Y, ahora, más a flor de piel que nunca.

Y es que lo que ha permanecido constante en Juan Ramírez ha sido su multidimensionalidad orteguiana. Por eso, su espíritu creativo le hizo penetrar en el universo de la novela.

Me conmovió hace veinte años ya, en 1994, su novela “Las horas de la luna”. Su primera novela, si excluimos, como él nos aconseja, otras tres escritas con anterioridad. Una novela, “Las horas de la luna”, con dos obsesiones: por un lado, el tiempo, las horas, el número, y por otro, la palabra, no menos algebraica; las palabras, esos tornillos que ensamblan y fijan el edificio del relato, el ensayo o la tragedia.

El tiempo, primera obsesión, decíamos, porque como en toda su obra narrativo-dramática posterior, el calendario cuenta. ¡Los calendarios de Juan Ramírez Codina, agenda diestra de ejecutivo! Comienza su novela, “Las horas de la luna”, en septiembre del 63 y acaba el 11 de abril del 93, con numerosos afluentes cronológicos fijados con la pulcritud de un notario.

Y junto al tiempo, el tornillo de la palabra, el estilo que no deja de enumerar en “Las horas de la luna”, que es una cartografía literaria: “Esas horas amargas, del anochecer o de la soledad, horas del miedo cuando los ruidos más insignificantes –unos pasos, el chirrido de una puerta, el interruptor de la luz– se tornan turbias amenazas del alma. Son las horas de la acechanza de Mefistófeles –la tentación del doctor Fausto--, de los peligros terrenos –el ladrón que viola la cerradura, los asesinos que

acribillan a balazos— y la naturaleza desatada —el incendio que arrasa, el terremoto que devora, la inundación que arrastra--. Horas del terror, que destilan su poesía agria”. Y, al tiempo, en “Las horas de luna”, el devenir, el ir y venir, de unos amores, por donde circula un Juan Ramírez que casa con Rebeca.

Habrán de pasar quince años, hasta que en el 2008, tras el aperitivo de “Todos escriben novelas de horror”, Juan (Ignacio) Ramírez (i) Codina, dé a las prensas “El tiempo según san Marcel”; san Marcel Proust, digámoslo ya. Una novela que quiere ser no una cartografía sino “un atlas del mundo” y que requirió una propedéutica especial y laboriosa. Confesó el autor que “El tiempo según san Marcel” era la novela de un lector. Y ciertamente, fagocitando libros “al ritmo de siete tomos de *A la recherche* al mes” y dilatando sus múltiples viajes de ejecutivo transoceánico, leyó y releyó Proust, Dante y Joyce, con preferencia, y a Shakespeare o Calderón, Flaubert o Thomas Mann, Luis Goytisolo o Sender, Durrell o Vargas Llosa.

Y siguiendo un boceto del 98, respetado como el constructor respeta el plano del arquitecto, generó una novela de 7 libros, cual Proust, de 24 capítulos de 60 frases. O sea, 7 días, de 24 horas de 60 minutos. Una novela “en prosa con una cierta métrica”, atención. Y el autor recomendaba, y recomienda, que su novela se leyese, y lea, de la siguiente forma: “un libro por día durante una semana, de lunes a domingo”.

La novela es la historia de una familia desde los tatarabuelos a los nietos, pasando por bisabuelos, abuelos, padres, hermanos e hijos, con un denominador común: los Ignacios, del primero al sexto. Subrayaba antes que Juan Ramírez Codina es Juan Ignacio Ramírez (i) Codina, en realidad. Ojo a ese Ignacio y a esa copulativa catalana.

De los siete libros de “El tiempo según san Marcel”, el más apasionante, para el que les habla, es el sexto, en el que un miembro de la familia, Roberto, es elegido camarlengo de

Benedicto XVI, para luego sucederle, en su día, como Pío XIII, al tiempo que su hermano I-Ignacio es elegido presidente del Gobierno por el PP, nombrando a su mujer, Clara, directora de RTVE.

“El tiempo según san Marcial” son 500 páginas, muy medidas, en donde lo más fascinante es el repaso de la historia del mundo y su literatura: del viaje de Dante y Virgilio por infiernos y cielos, al itinerario de Bloom y Dedalus, las fiestas de Els Joglars o La Fura dels Baus o los festines de Lolita.

Y si decíamos que “El tiempo según san Marcel” es una novela en prosa con una cierta métrica, sus dos obras posteriores serán novelas (incluso obras de teatro, ya) en verso con una cierta prosa.

“La novela del tiempo en diez mil versos”, la primera de estas dos últimas obras, de 2014, lo pregona en su propio título. Son cuatro libros en verso, divididos en ocho capítulos de conceptos rotundos (solos, amada, dolor, poder, razón, amigo, salud y hados), en cuyo transcurso se sigue la peripecia truculenta y muy pasional de un marido, un embajador, una mujer bella y un tétrico celador de un depósito forense.

Cuatro libros que tienen sus calendarios, sus agendas: las 24 horas del 29 de febrero de 2012; del 1 de marzo del 2000 al 29 de febrero del 2012; ocho ciclos de años bisiestos desde el 80 al 2012, y ocho jornadas alternas del 1 al 16 de marzo de 2012.

Si antes el modelo fue “A la busca del tiempo perdido”, ahora es “La divina comedia”. Y si en la comedia de Dante fueron 14.000 versos, en esta tragi-comedia (¡hay 18 muertes!), son 10.000 endecasílabos encadenados en tercetos. 400 poemas de 25 versos. 400 poemas de orfebrería matemática en la que los acrósticos son pertinaces vigilantes de la reflexión del poeta-novelistas-**dramaturgo**, que es Juan Ignacio Ramírez i Codina.

Sí, dramaturgo, porque “La novela del tiempo en 10.000 versos” es convertida, al fin, por su autor en “El teatro del tiempo en tres mil versos”, una peripecia dramática de gran interés, al acercarse al más excelso de los géneros escénicos, la ópera. Sólo falta un Wagner para orquestar la formidable maquinaria ofrecida por Ramírez Codina.

Ya en “La novela del tiempo en diez mil versos” Ramírez Codina había previsto que la música y la plástica acompañaran a la palabra. Pablo Villegas, su Wagner, compuso ocho temas para cada uno de los ocho conceptos que vertebran el discurso de Ramírez. Y ocho artistas plásticos pensaron las escenografías para los ocho conceptos. ¡Qué cerca estábamos ya de la plasmación operística!

Algo que se puede desentrañar con rotunda modernidad a partir de la segunda de sus dos últimas novelas, “El duelo”, que hoy se presenta en este Ateneo. Una novela-tragedia --aunque con final feliz aparente-- de Juan Ignacio Ramírez i Codina.

“El duelo”, que, efectivamente, ¡es un duelo!, en sus muy diferentes acepciones. Por una parte, está “el duelo” entre dos mujeres –la mexicana Lupe y la barcelonesa Lola-- que se enfrentan en un combate dramático, verso a verso, poema a poema. Por otra parte, al cabo, estará “el duelo” fúnebre final, por la muerte, trágica, de uno de los protagonistas de la historia, Benito, ¡novio de la americana y anécdota de la catalana!, un Hipólito desconcertado entre vigorosas y exigentes Fedras.

El duelo entre mujeres y el duelo mortuorio. Y “el duelo” de Juan Ignacio Ramírez i Codina con los propios géneros literarios, porque este diálogo entre mujeres, separándose de la poesía que lo configura, sobrepasa la categoría del teatro ya que su ámbito de realización y de recepción no es un escenario físico –como los espacios escénicos de Epidauró, Mérida, Almagro, el Globe, el Berliner Ensemble o el Español de la cercana Plaza de Santa Ana--, sino que es el ciberespacio. De la misma manera que ya en el

periodismo es una realidad que “no hace falta papel”, en “El duelo”, “no hace falta escenario”.

Seguir la peripecia de estas dos mujeres, Lupe en México DF y Lola en Barcelona, a través de su diálogo es apasionante. Desde el 15 de septiembre de 2014, hasta el 28 de agosto de 2015, mes y medio después de imprimirse la novela... Siempre la agenda minuciosa del ejecutivo creador.

Ahora no hay una composición musical de Pablo Villegas que nos inspire el estado de ánimo de las 100 escenas que se producen en el diálogo, a veces muy peleón, de Lupe y Lola. Pero sí existe una música interna en cada uno de los poemas. A la manera de Lope, que a través de su polimetría acomodaba “los versos con prudencia a los sujetos de que va tratando. Las décimas son buenas para quejas; / el soneto está bien en los que aguardan; las relaciones piden los romances”, etc., Ramírez, en sus 100 poemas muestra todas las posibilidades de nuestra versificación castellana y española. Adaptando su contenido a “los sujetos que va tratando”, como Lope.

Entre México DF y Barcelona, la joven arqueóloga Lupe, los lunes, y la veterana odontóloga Lola, los viernes, salvo en la jornada en que se produce la tragedia de la muerte del novio de la mexicana, los e-mail que se cruzan las dos mujeres nos revelan la historia que están viviendo en su contemporaneidad con una vibración psicológica que interesa y conmueve al lector-espectador.

Desplegadas las banderas mexicana y española, con sendas nuevas letras en verso para sus correspondientes himnos nacionales, la actualidad está presente en la conversación: el feminicidio en Juárez, el referéndum catalán del 9-N, los yihadistas en Palmira o el “tripleto” del Barça. También, el Día de Difuntos mexicano de Lupe, o el viernes de Dolores de Lola...

Es la historia de los dos mujeres, muy en la línea pasional de Juan Ignacio, pero frenada por el “decorum” horaciano que

siempre está presente en el teatro. Porque “El duelo” es teatro, buen teatro, y, como tal, atrapa plenamente al receptor.

Al margen, en las aguas del vigoroso río que es “El duelo”, como en todas las creaciones que hemos navegado de Juan Ignacio Ramírez i Codina, hay retazos de su biografía: nombres familiares, ese hijo Pablo; esa esposa, Lola; ese marido, Juan, que se jubila el 31 de agosto de 2015...

Decía que es teatro, y lo es por la voluntad del autor, que en “El duelo” se quita definitivamente la careta literaria para saltar a la escena, al denominar a las tres partes de la novela como Planteamiento, Nudo y Desenlace, esquema lopesco también y que es dado por el editor en tres cuadernos para su más que placentera lectura. Son tres actos. “En el primero (el autor), ponga el caso, / en el segundo enlace los sucesos, / de suerte que hasta medio del tercero / apenas juzgue nadie en lo que para”, decía aquel “monstruo de naturaleza” que fue Lope de Vega, según el lúcido Cervantes. Pues así estructura Ramírez Codina “El duelo”.

Hay por otra parte, como formando parte de la arquitectura mítico-teatral, un homenaje a la actriz mexicana Lupe Pérez, aquella devoradora de galanes --de Gary Cooper al Tarzán Johnny Weissmuller—, además de conquistadora de directores – Griffith, Cecil B. DeMille, Víctor Fleming o William Wyler--.

Por eso, tal vez, el personaje de Lupe, joven viuda y joven casada al tiempo, quiera acabar en el poema 99 con un caligrama cinematográfico, un “The End”, que también estará en el acróstico de los dos últimos tercetos de su soneto postrero. Pero dejando en suerte el duelo para que Lola, la dentista, ya jubilada, como lo va a ser su marido, Juan, remate la contienda, con otro caligrama, de un yate, que se anota en el último soneto que se inicia en su primer cuarteto así:

“Jubilados, dos vidas recomienzan / aventuras que sirvan de remate / (yo en cubierta de un yate), desempate / de los años perdidos que destrenzan”.

Un final, que es un principio. De la vida y la obra,
sorprendentes, por supuesto, de Juan Ignacio Ramírez i Codina.

Ignacio Amestoy